

los recursos y medios puestos en práctica para ejecutarlos. Tal es el uso que deseamos hacer de esta filosofía tan decantada hoy día en la historia, la cual, aunque á veces degenera por el abuso, es no obstante el alma de la narracion, é impide que venga á parar en un egercicio vano y estéril de la memoria: práctica tanto mas conveniente para la Historia de la Iglesia, cuanto nada contribuye mas á la verosimilitud, sin la cual las verdades mas sólidas con dificultad merecerán la creencia, que tanto importa inculcar.

Por donde el curso de Historia vendrá á ser rápido é interesante, por poco que la egecucion corresponda al proyecto. Aunque no se escribiera sino un compendio muy sucinto, siempre se deberia tratar de este modo lo que se creyese digno de tener lugar en él: porque la inobservancia de estas leyes, hace áridos y pesados la mayor parte de los compendios, é inutiliza muchos rasgos de historia, en donde se ven los hechos tan desnudos y tan en esqueleto, que pierden la instruccion que podian proporcionar.

El camino que hemos elegido, prescindiendo del mérito de otros, es para nosotros tanto mas llano y seguro, quanto mas persuadidos estamos de que no escribimos para los sabios, ni aun para personas entregadas á un estudio profundo y analítico. Estos no se darán por satisfechos con la lectura de Fleuri, de Tillemont, de Baronio y de otros distintos autores que han examinado á fondo algunos puntos de la Historia sagrada: sino que juzgarán necesario beber sus

conocimientos en las fuentes antiguas para no incurrir en los errores á que se espone el que da entero crédito á un escritor, por grandes que sean su reputacion y su mérito. Sin embargo no es la mas numerosa esta clase de lectores tan instruidos; y á nosotros solo nos mueve la utilidad del mayor número, que son todos los que unen al espíritu del cristianismo alguna educacion y cultura, especialmente los eclesiásticos jóvenes y los sacerdotes demasiado ocupados en las funciones públicas de su estado para poder dedicarse mucho tiempo á la lectura de la Historia. Quizás estos leerán una sola vez cualquiera Historia dilatada y profunda, atendiendo á lo mucho que importa conocer bien la Iglesia en cuyo servicio trabajan con tanto afan; mas para sacar alguna utilidad con tal lectura, es necesario familiarizarse con este género de conocimientos, y no contentarse con la tintura imperfecta que deja una leccion rápida, no seguida, y llevada á cabo con harta dificultad y trabajo.

Dividiremos nuestra materia, á saber, la duracion de la Iglesia desde su establecimiento hasta nuestros dias en cuatro períodos, dando á cada uno distinta denominacion segun la naturaleza del mayor número de los sucesos, á fin de que mas facilmente pueda gravarse y durar en la memoria esta lectura. El primer período abrazará la Historia de la primitiva Iglesia con los tiempos inmediatos desde su institucion hasta el siglo sexto inclusive, al que daremos nombre de época de ilustracion y de fervor. Se comprenderán en el segundo los cinco siglos siguientes, en

los cuales la Iglesia fue menos fecunda en grandes ingenios, como lo fueron las demás clases, á cuyos siglos llamaremos tiempo de ignorancia; denominacion que se ha generalizado, pero que todo católico ilustrado ha de entender de un modo comparativo, y no en el sentido en que la usaron los sectarios que la introdujeron. Los siglos doce, trece y catorce, que de la misma manera pueden llamarse siglos de relajacion (*), entrarán en el tercer período. Finalmente, el cuarto abrazará lo restante de los tiempos modernos hasta el presente en que vivimos, á los cuales bajo dos muy distintos aspectos se les denomina siglos de reforma. Si sigue los principios de la razon y de la piedad, nadie debe tomar en el sentido riguroso que pretenden los enemigos de la Iglesia, la distincion de las cuatro edades. Lo propio que con todas

(*) Los hereges con el objeto de dar un colorido á sus reformas y á sus escándalos pusieron á estos siglos el nombre de *siglos de relajacion*. Es falso de todo punto que en ellos se cometiesen delitos mas enormes que en la época anterior y siguientes; por el contrario abundaron las heroicidades y los egemplos de virtud y santidad. Pertenece á esta época la institucion de las Órdenes Mendicantes y otras, á las que profesan odio los hereges, y por cuya razon inventaron este epíteto. Y para mayor convencimiento reflexione el lector sobre las reformas que oponen á esta decantada relajacion.

Berault no sigue las opiniones de estos: pero quizás aquí dió sueltas á su pluma y corrió esta con demasiada libertad. «Cum hæreticis nec nomina debemus habere communia, etenim quandoque ex verbis inordinatè prolati incurritur hæresis.» Esta nota se ha puesto para evitar errores á algunos incautos, mas de ningun modo para denigrar al autor á quien respetamos, como ya hemos manifestado.

las cosas morales cuyo objeto y circunstancias carecen de límites fijos, acontece con esta division. Por necesidad ha de andar aunado el fervor con la relajacion, las tinieblas con las luces, la corrupcion con la reforma, y la observancia humilde y sincera con la hipocresía estremada, en una sucesion tan dilatada de tiempos: pero afirmamos la fe que aun en los tiempos de mayores borrascas nunca llegó la Iglesia á tal oprobio y obscuridad que fuese interrumpido el ministerio esencial de la edificacion é instruccion necesarias.

Aquí se trata solo por un método riguroso de distinguir unas edades de otras: pero si el amor de la concision y de la claridad nos dictan las espresiones recibidas, la imparcialidad y la justicia nos mandan explicarlas y darles su justo valor, esperando, aunque parezca osadía hablar así, confundir á los innovadores con sus propias innovaciones. Pasemos ya á examinar cada una de estas edades, y á escudriñar el principio de las sanas ideas que intentamos deducir de la narracion de los hechos comprendidos bajo estas cuatro épocas.

Primeramente juzgamos, que nuestra Historia debe principiar desde el descendimiento del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el cenáculo, que puede mirarse como la cuna de la Iglesia. Podíamos tomar su principio en el nacimiento de su Divino Fundador, pero como el Evangelio nos enseña todo lo perteneciente á la vida mortal de este Hombre-Dios, no hay cristiano que no pueda acudir á esta fuente sagrada tan frecuentada de todos nuestros piadosos

doctores. No sucede lo mismo con los trabajos apostólicos de los primeros discípulos del Hijo de Dios, ni con los operarios que se les reunieron: parte de su historia refieren los hechos de los Apóstoles; pero estos monumentos tan positivos y tan sagrados como el mismo Evangelio, callan algunos sucesos, que no entraban en el plan del historiador sagrado, pero que no carecen de interés y de sólidos cimientos.

Por otra parte descendiendo al exámen de estos primeros siglos, sin duda alguna los mas fecundos en doctrina y en virtud, recogeremos con mucho afán y cuidado los tesoros escondidos en todos los antiguos monumentos; pero no amontonaremos tantas riquezas sin escepcion y discernimiento. La multitud de escritos tan voluminosos de los primeros siglos no detendrá nuestra pluma para su análisis. ¿Quién podría llevar á cabo esta empresa, no solo en una historia compendiosa, pero ni en el plan mas vasto y mejor desempeñado? Por ningun motivo faltaremos al método que nos hemos propuesto, y sin omitir en cada género lo esencial para llegar á nuestro fin, procuraremos evitar la excesiva redundancia, que haciéndonos alejar de nuestro objeto ocasionaria confusion y tedio.

Es bien advertir, que sin pasar en silencio los prodigios de constancia que tanto contribuyeron al establecimiento del cristianismo, y que prueban su divinidad de un modo incontestable, no intentaremos agotar la materia para hacer aplicacion de este principio general á una especie particular, por egemplo, á las actas de los mártires. Porque ¿cómo habríamos

de bosquejar todos los combates de los primeros predicadores del Evangelio y de sus dignos sucesores, de aquella multitud de testigos generosos, que sellaron la verdad con su propia sangre, dándole de este modo la mayor energía, sino en un cuadro dedicado á este solo objeto, y bastante capáz para señalar á cada uno de aquellos héroes el lugar á que se hizo acreedor? Seria escribir la historia particular de los mártires, mas bien que la Historia general de la Iglesia, el enumerar todos sus trabajos y todos sus tormentos, con los interrogatorios y respuestas copiadas estensamente; seria esponerse á displacer á una multitud de lectores desde el principio de una carrera tan prolija.

Procuraremos no obstante satisfacer los piadosos deseos de los fieles, suministrándoles abundante materia de edificacion, extractando de las actas originales cuanto el afecto y la piedad puedan desear; y aun para satisfacer su curiosidad en un objeto tan santo, como la causa de los primeros defensores del cristianismo, presentaremos la traduccion literal de un número considerable de estas actas y los pasages mas notables de todas. Haremos lo mismo con los cánones de los Concilios, con los reglamentos de los primeros Pastores, y con las obras de los Padres. Apelaremos siempre á los monumentos de los primeros siglos en todo preciosos, y como á los mas felices tiempos de la Iglesia; porque estos escritos inestimables componen verdaderamente una parte, y acaso la mas principal de su historia. En ellos se hallan sus leyes fundamentales, se enseñan los usos y costumbres primitivas y

se demuestra hasta su caracter, que es lo mas esencial de nuestro objeto, aun no juzgando sino por la analogía con la historia de cualquiera otro pueblo. Seremos tambien en esta parte moderados, persuadidos de que en ninguna cosa se debe temer tanto el esceso como en las mas escelentes por su naturaleza; y porque creemos, que para adquirir la verdadera sabiduría de los Padres y de los Concilios, no hay mejor medio que subir siempre á las fuentes; pues la presuncion, que en este género inspiran los extractos y analisis, es mas peligrosa que en ningun otro. Uniremos al cuerpo de la Historia todo lo que conviene extractar de los Padres, Concilios y demás monumentos de esta clase, en vez de presentar á cada paso retazos sueltos de erudicion. Cuidaremos de discernir, analizar y compendiar lo mas oportuno y de no acumular los documentos de un mismo tenor; dando en cuanto podamos un aspecto agradable á esta parte doctrinal de nuestra obra. Así reuniremos en esta coleccion las preciosidades de un modo económico, que sin fastidiar á ningun lector, instruirá bastantemente á los que son el objeto de nuestras tareas.

Seremos todavía mas concisos en la segunda época sin embargo que comprende cinco siglos, contando esclusivamente desde el sexto y último de la edad florida de la Iglesia. ¿Qué bienes reportaria el que nos detuviésemos en las tinieblas (*), como hacen mu-

(*) Algunos escritores exageran sin razon las tinieblas de estos tiempos; y otros por el contrario procuran desvanecerlas para preservar á los lectores incautos de los errores en que podian incurrir. Esto mismo hace Berault mas adelante.

chos escritores célebres que con su prolijidad y afectadas repeticiones escitan en los espíritus débiles ideas poco favorables á la Iglesia, y dejan en cuasi todos los lectores verdaderas tentaciones que combatir? Cuando estos autores cargaron con tantas sombras la pintura de esta edad, no son dignos de indulgencia; si este tiempo es nebuloso lo es solo en comparacion, como repetiremos mil veces, con los siglos mas felices; pues en él la Esposa de Jesucristo fue alumbrada del mismo modo por el Espíritu Santo, que en los mas serenos y brillantes. Diremos mas: en medio de estas tinieblas, se deja ver en cierto modo con mas esplendor la asistencia Divina; lo que demostraremos siempre que tengamos ocasion, sin faltar no obstante en parte alguna á la sinceridad que pide la historia. No ignoramos, que esta no es un panegírico, y que no hemos de hacer el elogio de la Iglesia, aunque en todas sus partes sea digna de él, ni tampoco el de los hombres grandes, ó personajes santos mas beneméritos, en quienes se hallan siempre mezcladas con los dones perfectos del Altísimo algunas debilidades de la humanidad. No disfiguraremos en nada los retratos de los primeros Príncipes que la fe se gloria de haber atraído á sus banderas, y mucho menos el de sus favoritos ó aduladores; ni presentaremos á los ojos del lector la monstruosa amalgama de las ideas de Religion y prácticas piadosas con la ambicion romana, con la ferocidad de las naciones septentrionales, y con la corrupcion, perfidia é hipocresía sacrílega de los Griegos.

Desde la invasion de los Bárbaros, y especialmente de los Musulmanes, que tuvieron en opresion regiones enteras pobladas de cristianos, la instruccion y el culto padecieron mucho; y la elocuencia sagrada se resintió al cabo de la barbarie de los que dominaban. Los doctores y los prelados se saborearon con una elocuencia degradada, y en su modo de tratar las ciencias, sin escluir las del santuario, mostraron claramente la estraña decadencia de todos los talentos naturales. Los reinados brillantes de algunos Príncipes cristianos, como Carlo Magno, restituyeron su honor á las ciencias, ó á lo menos á su estudio; de modo que su brillo comparado con las tinieblas que reinaban en todas las demás partes, formaba un contraste singular. Pero la potestad de algunos prelados y la parte honrosa que se les concedió en el gobierno feudal, en el mismo centro de las mas florecientes naciones cristianas, arrastró á muchos, á pesar de las reclamaciones del mayor número, á la disipacion del siglo y al tumulto de la corte. No carecian de vasallos á quienes gobernaban y defendian; tenian las riendas de una parte considerable del imperio, en el cual procuraban que reinase en proporcion de su poder la seguridad y la justicia: querian brillar en las tumultuosas y soberbias asambleas; sostenian las resoluciones que se tomaban en ellas, y se encargaban de hacerlas ejecutar con la fuerza en caso necesario; corrian en fin á la guerra, ó enviaban á ella sus vasallos; y ¡cuánto trastorno nacia de aquí en el ministerio santo! ¡cuánta negligencia en muchas de las

ciencias sacerdotales, y de las funciones modestas y pacíficas del clero! Estos son los abusos que pondremos en claro en cuanto lo exijan la verdad y libertad de la Historia: no disimularemos la grandeza de un mal capáz de conmover á toda alma sensible por los verdaderos intereses de la Religion; pero este mal se debe atribuir al hombre ó á muchos eclesiásticos, mas no al sacerdocio ni á la Iglesia. Como escribimos la historia de esta y no la de la malicia y debilidad humana, nos estenderemos en este último artículo, solo con el objeto de hacer mas palpable el milagro de la propagacion y conservacion de la obra de Dios, á pesar de todos los asaltos del mundo y del infierno.

Las turbulencias de los siglos doce, trece y catorce de la tercera edad no presentan un campo menos escabroso en las relajaciones que ocasionaron. La ignorancia segun hemos ya observado, comenzó mucho antes á causarlas con gran desórden, pero por la palabra relajacion no entendemos aquellos ímpetus fogosos de las pasiones, aquella inundacion de vicios que provienen de las tinieblas de la razon, y mucho mas de la indiferencia á que precipita este género de estupidez en los principios de las costumbres y de la conducta. Hablamos de una especie de relajacion meditada y reducida, por decirlo así, á sistema por un pueblo que substituye la voz de la presuncion y de la preocupacion á la de sus Pastores: abuso que teniendo muy lejos su origen, se habia fortalecido con el tiempo y la costumbre, con la ig-

norancia y el olvido de las reglas antiguas. Este género de ceguedad no comenzó de un golpe; fueron necesarios siglos enteros de negligencia para descender á tal abismo; y ha de notarse, como lo demostraremos en el curso de la obra, que la doctrina pública jamás se alteró sobre artículo alguno de la ley Divina, ni de la disciplina establecida sobre el Evangelio. En vez de poder citar alguna decision canónica y general en favor de la corrupcion, notamos por el contrario hasta en los tiempos mas calamitosos, que la multitud de los pastores y todos los verdaderos fieles no dejaron de reclamar los antiguos cánones, respetados siempre por todos y practicados por muchos de ellos. Cuando principiaron los hombres á cultivar de nuevo las letras en el siglo doce, los malos estudios, tales euales son en su renacimiento, esto es, mas nocivos que la ignorancia misma, redujeron las preocupaciones á máximas: á lo que contribuyó mas que todo el decreto de Graciano, oráculo de la Europa, ó hablando exactamente de la Italia su patria: pues en Francia se mandó que no se enseñase, sino con sabias restricciones. Las nuevas máximas debieron su fortuna no tanto á los teólogos, quanto á las lisonjas políticas é interesadas de los legistas ó jurisconsultos.

Mas al fin fueron muchas las personas que no conocieron los fundamentos ruinosos en que estribaba el nuevo derecho, á saber, las falsas decretales (*);

(*) Aunque las Decretales compiladas por Isidoro Mercator, sean falsas ó equivocadamente atribuidas á los Sumos Pontífices cuyo título llevan, no por eso se puede decir, ni es legitima

las que sin embargo no intentamos presentar como un monstruo esterminador y como la causa universal de todos los males de la Religion. Desconfiando con razon de la crítica antigua, y no siguiendo ciegamente la moderna, que solo se dedica á declamar vagamente contra la credulidad de los antiguos, guardemos un justo medio. Y no dejaremos de tener por apócrifas y verdaderamente abusivas las pretendidas decretales, que tanto ruido metieron en el siglo trece y siguientes, conduciéndonos por una regla de prudencia tan esencial. Á vista de un campo tan dilatado, todo el mundo debe reconocer, que no pensamos de modo alguno olvidar la obligacion mas indispensable del historiador, violando ó atenuando los sagrados derechos de la verdad. No es tal nuestro ánimo; nada disimularemos; antes bien ofreceremos á los ojos del lector todas las acusaciones verdaderas ó pretendidas, con la ingenuidad que puede dar la esperanza de verlas convertidas en honor de la Iglesia.

Otro motivo mucho mas fecundo en las cruzadas, ó mas bien, en el modo con que se hicieron estas expediciones, se presenta además de este primer móvil de relajacion que hemos espuesto. Nos abstendremos de pronunciar un nuevo fallo con la temeridad que es tan frecuente en el dia como digna de reprehension, sobre la esencia de estas peregrinaciones militares, y mucho menos sin analizar la conducta

consecuencia que estas causen los abusos que se introdujeron. Véase el tomo primero de la Coleccion de Concilios del Cardinal Aguirre.

de tantos personajes ilustres y virtuosos, sus autores ó panegiristas; diremos solo que para vencer á unos usurpadores bárbaros que se burlaban del mismo modo de las leyes de la razon natural y del Evangelio, todos los pueblos del mundo cristiano se agitaron y conmovieron de tal modo que apenas logró sufocar este entusiasmo una larga serie de siglos. En el seno pacífico de la Esposa de Cristo embrazaron las armas todos. Muchos prelados que creían no ser culpables combatiendo por el imperio, se juzgaron dignos de las recompensas del cielo derramando su sangre por la conquista de una tierra consagrada con la del Hijo de Dios. ¿Cuál seria pues el fervor en los otros estados? Creían fácilmente que los peligros ó trabajos de algunos meses bastaban á satisfacer por todos sus pecados. Sin examinar si era conveniente y hasta qué extremo podia acarrear funestas consecuencias, los egercicios militares sucedieron tambien á las obras de humildad, y á los cánones mas rigurosos de la penitencia; y de este modo comenzaron las leyes penitenciales á decaer y quedar sin efecto. No se trata aquí del derecho de las indulgencias tan antiguo en la Iglesia, y tan sagrado como la potestad de las llaves, sino solo del abuso que puede introducirse en su dispensacion. Arraigadas sin embargo una vez, á pesar del celo de los Pastores, en los pueblos las ideas de dispensa ó conmutacion, se abusó de ellas de un modo extraordinario. Careciendo de medios para pisar la tierra y ciudad santa con las armas en la mano, se procuraba conseguir por ne-

gociacion y á precio de dinero el derecho de visitarlas en peregrinacion: no porque esta no cuente un origen mas antiguo, pero hasta entonces no habian aparecido pueblos en masa cubriendo sin cesar el camino de los lugares santos, con la misma inquietud con que habian caminado en otro tiempo con las armas en la mano. Corrian sin orden estas gentes, no solo á los lugares santificados por la muerte del Salvador, sino tambien á los sepulcros de los santos Apóstoles, á Santiago de Galicia, á las estremidades de la Iberia y á las provincias mas incultas del Norte, donde con las cruzadas se habian establecido nuevos conquistadores y colonos. Por este mismo principio, y contra las reclamaciones de muchos Prelados y terminantes decisiones de los Concilios, trocaron la penitencia en una especie de tráfico, y unas veces quisieron los fieles conseguir con el dinero el perdon de sus pecados, y otras conmutar los placeres con rezar muchas veces el Psalterio. Muchos cristianos seducidos por sus preocupaciones, se lisongearon que podrian recobrar la inocencia y todas las demás virtudes, sin un verdadero arrepentimiento interior, ó á lo menos sin aquellas mortificaciones y pruebas sólidas que son señales de perseverancia.

Se substituyeron las prácticas de una devocion arbitraria á los mas graves é incontrastables deberes del estado. Trasladábanse á Roma algunos Obispos de las sillas principales, no solo de las provincias circunvecinas, sino tambien desde las Islas Británicas, y de lo mas retirado de la Alemania y de la Escandinavia: y